

Ausencia y presencia de Alfonso Comín

FERRAN GALLEGO

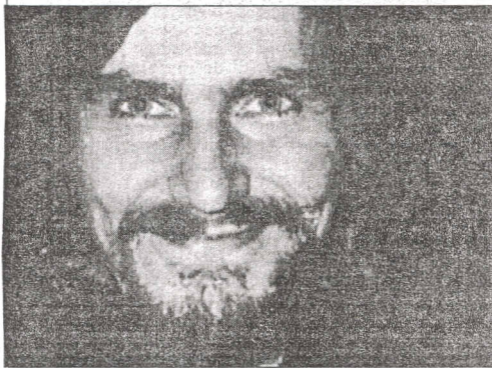
En *Manhattan nocturne*, Colin Harrison sintetiza el carácter de una empleada doméstica, que azora al protagonista de la novela con una religiosidad meticulosa, inquietante para el prudente cinismo de un periodista de sucesos neoyorkino: «Su fe era inquebrantable, y yo me preguntaba si habría sido forjada por sus sufrimientos o sólo puesta a prueba por ellos». He leído en la prensa que se ha culminado la edición de las obras completas de Alfonso Comín, comunista y cristiano, a quien también caracterizaba una fe puesta a prueba todos los días, y que se fortalecía a través de sus propias dificultades, sobreviviendo con la textura de un testimonio de esperanza, nutrido por el entusiasmo y matizado por la humildad.

Comín tuvo que romper con la confortable materia de la inercia para definir el espacio incómodo y auténtico de su compromiso. Rompió con la tradición carlista de su familia, que le puso el nombre del pretendiente al trono en el año de su nacimiento. Abandonó su trabajo de ingeniero para enfrentarse a una dureza mucho más austera que la elegancia rítmica de los equilibrios matemáticos: la lucha por la supervivencia en la Andalucía del franquismo. Y tuvo el coraje de hacer convivir, públicamente, su inalterable fe cristiana y su militancia comunista, cuando los tiempos no eran muy favorables para tales ejercicios de simbiosis ideológica.



Su fe también se forjó en el sufrimiento. En la constancia de la humillación de sus hermanos, ante la que él no exigía la resignación, sino la rebelión de los justos. En la indiferencia, la cautela o el pactismo de una Iglesia que creía que los principios del Sermón de la Montaña eran un boleto negociable para ganar cuotas de representación en el paraíso de los poderosos. En la actitud despreciativa de algunos fanáticos del materialismo dialéctico, que se burlaban de las presuntas incoherencias de aquel cristiano rotundo, y que luego se apresuraron a envolver sus principios en los talonarios del sistema, tan generoso para adquirir conciencias de saldo en la subasta de la miseria moral de nuestra época.

Comín ha dejado un largo mensaje, que debería ser una referencia vigorosa para nuestros jóvenes, sensibles al insoportable mal social que nos acecha, pero rece-



EL MUNDO

Alfonso Comín fue comunista y cristiano.

losos ante eso que llaman *los políticos*. Les fascinaría su agotador forcejeo intelectual, pero también la coincidencia entre su razón, su fe y los actos que se derivaban de ellas. Les resultaría muy próxima su intransigencia ética, la corpulencia de su indignación ante el oprobio normalizado de los seres humanos, mezcladas con la flexibilidad y el respeto para convencer a la gente que dudaba de la posibilidad de las redenciones terrenales. Y les habría encantado verle vivir ahora, en estos malos tiempos para la lírica y la épica, expulsando del templo de la emancipación a los mercados del trapicheo político, junto con los arrogantes sacerdotes que custodian la ideología, para que el pueblo nunca la contamine con sus propios deseos.